

Los ángeles se inclinan reverentes;
Y al ver la union sagrada
Que es salud de las gentes,
Baten al polvo las radiosas frentes.

Asi por siempre unida
Quedó la tierra al cielo, y cesó el llanto
En que vivió sumida
Forma el iris, en tanto,
En arco inmenso una diadema al Santo.

Borre el hombre infamante
De la primera culpa el fallo escrito
En su frente arrogante :
Mas que el de su destino
El raudal de perdon es infinito.

Del Númen poderoso
Que no cabe en el tiempo ni en el mundo
Y se encarna piadoso
En el seno fecundo
De casta Virgen con amor profundo.

Venciste ; oh Dios! venciste
Por frágil mano de mujer, victoria
De Luzbel obtuviste:
Cielo y tierra en memoria
Himnos le canten de alabanza y gloria.

Nunca mayor corona

Ciñó á la sien la musa que descuella
En profano Haliconá,
Que la que adorna bella
Su magestad de Madre y de Doncella.

¡ Madre de la Esperanza !
¡ Pura estrella del mar que en blando giro
Anuncias la bonanza!
Yo , náufrago , te miro,
Y envuelto vá tu nombre en mi suspiro.

RAFAEL MARÍA BARALT.

Á LA VÍRGEN.

¡Flor predilecta del vergel del cielo!
 ¡Blanca paloma de inocencia pura!
 ¡Angel de paz! que al estender tu vuelo
 Dejaste al torpe y corrompido suelo
 Subiendo á la mansion de la ventura!

¡Estrella limpia de la azul esfera!
 ¡Lumbre radiante que mis pasos guía!
 Acoje mi plegaria lastimera;
 La culpa olvida que me acosa fiera,
 Y luzca ya de mi perdon el día.

Hoy contrito á tus piés ¡Madre amorosa!
 Brota del corazon llanto prolijo,
 Que al mirarte agoviada y pesarosa,
 Mi alma se conturba fatigosa
 pues dió la muerte á tu sagrado Hijo.

La muerte, sí; que por salvar el mundo
 Se revistió de terrenal materia,
 Y de cariño y paz siempre fecundo,
 Rompió los lazos del pecado inmundo
 Que sujetaban la humanal miseria.

Y tú que pobre caminar le viste
 Llevando en hombros el madero santo,
 ¿Cómo tal pena soportar pudiste?
 ¿Cómo víctima al fin no sucumbiste
 Al mirarle en tan mísero quebranto?

¡Ver á un Hijo morir... verle inocente
 Objeto ser de la cobarde saña
 de un pueblo desbordado y delincuente,
 Que le arrastraba bárbaro inclemente,
 Con sed de sangre y con fiereza estraña!

¡Ver á un Hijo morir... á un Hijo amado,
 Parte del corazon la mas querida,
 Y desvalido, y triste y azotado,
 Y de agudas espinas coronado
 Verle perder con lentitud la vida!...

¡Verle asi padecer y acompañarle
 Paso tras paso en el fatal suplicio,
 Sangriento y desgarrado contemplarle
 Y no poder su Madre libertarle
 Del feroz inhumano sacrificio!...

Es cruel ¡muy cruel! ¡oh! que amargura
 No sentirias en tu pecho amante,
 Mirándole en tan grave desventura,
 Siendo la befa de la turba impura
 Y enclavado en la cruz y agonizante!

Es cruel, ¡muy cruel! verle sediento,
 Sin poder apagar su sed divina,

y luego destrozado , macilento ,
Tenerle entre tus brazos sin aliento
Y ajada su belleza peregrina !...

¡ Mirarle padecer sin un consuelo
Y no morir con tu pesar agudo !...
Solamente , Madre en su poder el cielo
Que velaba por tí con santo celo
Darte valor en tus dolores pudo...

Si el pensamiento en tus angustias fijo,
No hallo dolor que á tu dolor le cuadre:
Porque viendo sufrir á un tierno hijo,
¿ Quién dirá que lo siente mas prolijo ?
¿ El hijo triste ó la aflijida madre ?

RAMON FRANQUELO.

NACIMIENTO DE MARÍA.

PODER DE SU NOMBRE.

Ya de la redencion se acerca el dia,
A un mundo nuevo alumbrará la aurora ;
Que sus rayos benéficos envia
El sol del cielo que las cumbres dora.
No llores tu jardin , Adan , no llores
Tu perdida grandeza ,
Tú tendrás otro Eden de eternas flores
Donde la vida perdurable empieza ,
Y tu raza precita
Por el sumo Hacedor será bendita.

.....
.....
.....

En la falda de un monte
De rosas matizado y de verdura,
Sirviéndole los cielos de horizonte ,
Hubo un pueblo de antigua arquitectura,
Cuya memoria porque eterna sea
Fué Nazareth ciudad de Galilea ¹.

De reyes descendientes
Ana y su esposo en la ciudad vivian ²,
Olvidados del mundo y de las gentes

Que solo sus virtudes conocian.

Humildes, cual la flor cuyos colores
Oculto entre peñascos y zarzales,
Como todo Israel, con mil amores
Esperaban al Verbo inmaculado;

¡Quién diría que en letras eternas
Estaba decretado

Que la Madre de Dios, la Virgen pia,
De tan castos esposos nacería!...

Cuatro lustros llevaban
De pura union, y tristes suspiraban
Por la fecundidad del sacro nudo,
Y mil ritos al cielo levantaban;

Mas Dios solo pudo
Con poder infinito
Cumplir lo que por siempre estaba escrito.

Y las madres con pena
Que los altos proyectos no sabian,
A la pobre mujer la repetian,
« Jehová te condena
A la esterilidad », y ella lloraba,
Y á su Dios nuevamente suplicaba.

Del corazon se ahuyenta la esperanza,
Y se esparcen las sombras de la duda,
Mas en tan ruda y desigual tormenta,
El Iris se presenta,
Precursor de la dicha y la bonanza,
Y con su luz saluda
El sol de la mañana refulgente
Con su rayo luciente,
Y las aves con júbilo cantaron
Cuando á la tierna virgen contemplaron.

¡ Por fin nació María ⁴,
Mensagera de amor y de clemencia,
La que al hombre traía
De la suprema vida la escelencia,
La que su tierno llanto vertería
Como amorosa madre sin consuelo
Para mostrarnos la mansion del cielo.

Aunque esta hija de reyes nace oscura,
Cual nuevo sol oculto entre celajes,
Borda la primavera con encajes
De carmin y verdura
Los sotos, las praderas, los jardines,
Y cantan los alados querubines.

Los astros la saludan reverentes,
Su curso para el caudaloso rio,
La reflejan los lagos y las fuentes,
Y hasta el bosque sombrío
Con murmullo pausado y magestuoso
Ante el nuevo lucero luminoso
Las copas de sus árboles inclina,
Por saludar la estrella matutina.

El sol eterno coronó su frente,
La fe inundó su corazon sagrado,
Nuestra reina será madre clemente
Del triste y desgraciado,
Y los reyes vendrán á contemplarla,
A rendirla tributo y adorarla.

Del Criador espléndido reflejo ⁵,
Perfeccion de los cielos y la tierra,
De castidad y de virtud espejo,
Cuyo poder en el infierno aterra,
Primer hija de Adan inmaculada,

De todas las virtudes coronada.
 Del Espíritu Santo tierna esposa
 Por el cielo escogida,
 Fuente sacra de vida,
 Estrella de salud, Virgen hermosa,
 Sin pecado y sin mancha concebida,
 Que viene á dar al mundo el escojido
 Mesías á los hombres prometido.

¡ María ! ¡ Oh dulce nombre
 Que llena los espacios de armonía !
 Tú volveras al corazon del hombre
 Con la fe, la esperanza y la alegría,
 Blanca azucena rica de ambrosía ;
 Al corazon que en la ignorancia gime,
 Con tu influjo benéfico redime.

Tierno eco de Dios, Tórtola amante
 A quien el hombre en su oracion invoca,
 Ven y calma un instante
 El fuego de tu amor que me sofoca...
 En vano quiero proseguir mi canto,
 Que oprime al corazon amargo llanto...

.....
 Tú haces amar las lágrimas, y bañas
 Con bálsamo de vida los dolores ;
 En miseras cabañas
 Contrito el labrador cantando amores
 Te saluda con ritos y con flores.

Al pronunciar tu nombre sin mancilla,
 El rudo Satanás suelta su presa
 Y su poder se humilla,
 Y bramando confiesa
 Que pasó para siempre su reinado,

Por un poder supremo destrozado.
 Del mundo en el desierto tenebroso
 Tú serás nuestro faro y nuestro guia.
 La columna de nubes que seguia,
 El pueblo de Israel ⁶ y tú el sabroso
 Maná que con bondades infinitas
 Dios mandó á los valientes Israelitas ⁷.

Y escalar con tus ángeles podremos
 La celestial altura,
 Y al mismo Dios veremos ;
 Y allí tu hijo, del Supremo hechura
 Con dulce voz publicará tu historia
 Para eterna memoria,
 Que repiten los ángeles en coros
 Con hosannas y cánticos sonoros.

La vida de la Virgen es la esencia
 De todas las virtudes, el modelo
 De la conformidad en la dolencia ;
 Ella presta el consuelo
 Cuando el dolor al alma purifica
 Y en la sagrada fe las fortifica.

Como centro de amor y de esperanza
 Ella presta placer á la inocencia,
 Si el corazon en el volcan se lanza
 De las rudas pasiones, su clemencia
 Calma del huracan la violencia.

Blanca estrella del mar, que ufana brilla ⁸
 Cercada de celestes aureolas,
 Libra de la tormenta la barquilla ⁹
 Que fluctúa ál capricho de las olas.
 Tú que diste á España la victoria
 Y sembraste la muerte y el espanto

En los revueltos mares de Lepanto ⁴⁰,
Protege hoy su inmarcesible gloria.

De las rudas pasiones
Libra los esforzados corazones;
Tú sabes el amor con que te adoran,
Y elevando hasta tí sus oraciones,
Ellos tu nombre imploran,
Y á la orilla del turbio Manzanares
Alzarán á tu fe nuevos altares ⁴¹.

FRANCISCO MARTINEZ DE ARIZALA.

NOTAS.

1 Fué de Nazareth ciudad de Galilea.

Nazareth está situado á seis leguas Nordeste de Samaria sobre el declive de una montaña rodeada de otras pequeñas. Los religiosos de San Francisco tienen allí un convento (Diccionario geográfico de Laurents Echard).

2 De Reyes descendientes

Ana y su esposo en la ciudad vivian.

Santa Ana y San Joaquin eran de la raza de David y fueron venerados por los cristianos desde los primeros tiempos del Catolicismo.

Hácia el año 550 fué edificada una iglesia en Constantinopla por orden del emperador Justiniano, bajo la advocacion de Santa Ana.

San Joaquin se llamaba tambien Heli. (Ver á San Hilario y otros Santos Padres).

3 Jehová te condena A la esterilidad...

En el pueblo de Israel eran consideradas como malditas las estériles.

«Que aquel que no deje raza suya en Israel será maldito.» (Reseña hecha por Orígenes).

Era tambien segun la opinion de los judios un verdadero oprobio.

«Ella (Raquel) concibió y dió á luz un hijo diciendo: Quitó Dios mi oprobio.» (Génesis cap. XXX, v. 23).

4 Por fin nació María.

La Virgen nació el año de Roma 734 el 8 de setiembre, 20 años antes de la era vulgar.

Era un sábado á la aurora del dia (Tillemont).

Segun Baronio habia nacido un año antes, pero el testimonio de Tillemont es el mas seguro y nos conformamos con él.

5 Del Criador espléndido reflejo.

Citaremos estas bellas palabras del abate Orsini que es uno de los mejores autores que han escrito sobre la Santa Virgen.

María es la perfeccion de todas las obras de la naturaleza, la flor de las generaciones y la maravilla de los siglos; jamás ha visto la tierra ni jamás verá tantas perfec-

ciones reunidas en una hija de los hombres; todo es gracia, santidad, grandeza, en esta noble y bienaventurada criatura, que el poder de Dios santificó antes de nacer y á quien enriqueció con mas dones que á los santos y á los ángeles.

6 La columna de nubes que seguía
El pueblo de Israel.

Cuando los Israelitas habiendo salido de Egipto se pusieron en marcha atravesando el desierto.

V. 21. El Señor marchaba delante de ellos para mostrarles el camino, apareciendo durante el día en una columna de nubes, y durante la noche en una columna de fuego, para servirles de guía en el día y en la noche.

V. 22. Jamás la columna de nubes dejó de aparecer delante del pueblo durante el día, ni la columna de fuego durante la noche. Ella le guió por espacio de 40 años. (Exodo, cap. XLIII.)

7 Y tú el sabroso
Maná que con bondades infinitas
Dios mandó á los valientes Israelitas.

El Maná que caía del cielo en el desierto para alimentar á los Israelitas, era una cosa menuda parecida á los pequeños granos de escarcha blanca que durante el invierno cae sobre la tierra (Exodo cap. XVI, v. 44).

8 Blanca estrella del mar.
Ave maris stella (Himno de la Iglesia).

Un bajel está próximo á zozobrar: el sacerdote con pala-

bras que penetran al alma tranquiliza á todos y les absuelve en aquel momento supremo de sus pecados; dirige al cielo la oracion que envuelta en una ola envía el espíritu del náufrago al Dios de las tempestades. Ya el Occéano se abre para sumergir á la tripulacion; ya las oleadas llevando su triste voz contra las rocas, imitan el principio de los cánticos fúnebres de estos desvalidos; en el momento un rayo de luz se abre paso por medio de la tempestad: la *estrella del mar*, Maria, aparece en el centro de la nube, tiene un niño en sus brazos, que con su sonrisa calma el furor de las olas... ¡Encantadora religion que opones á lo que la naturaleza tiene de mas terrible, lo que el cielo tiene de mas dulce: á las tempestades del Occéano, un niño inocente y una tierna madre! (Chateaubriand, Genio del cristianismo).

9 Libra de la tormenta la barquilla.

Alusion á las vicisitudes porque está pasando Pio IX.

10 En los revueltos mares de Lepanto.

Ninguna batalla de la antigüedad es comparable á la de Lepanto, en que los turcos combatian por el imperio del mundo y los cristianos por la defensa de Europa. . . .

En Toledo y en todas las iglesias de España, el pueblo y el clero dirigieron al cielo himnos de gracias por la victoria que acababa de conceder al valor de los cristianos. Ningun pueblo ni ningun príncipe de la Europa permaneció indiferente á la derrota de los turcos; y si se cree á un historiador, el rey de Inglaterra Santiago I celebró en un poema el glorioso día de Lepanto (Michaud, Historia de las cruzadas).